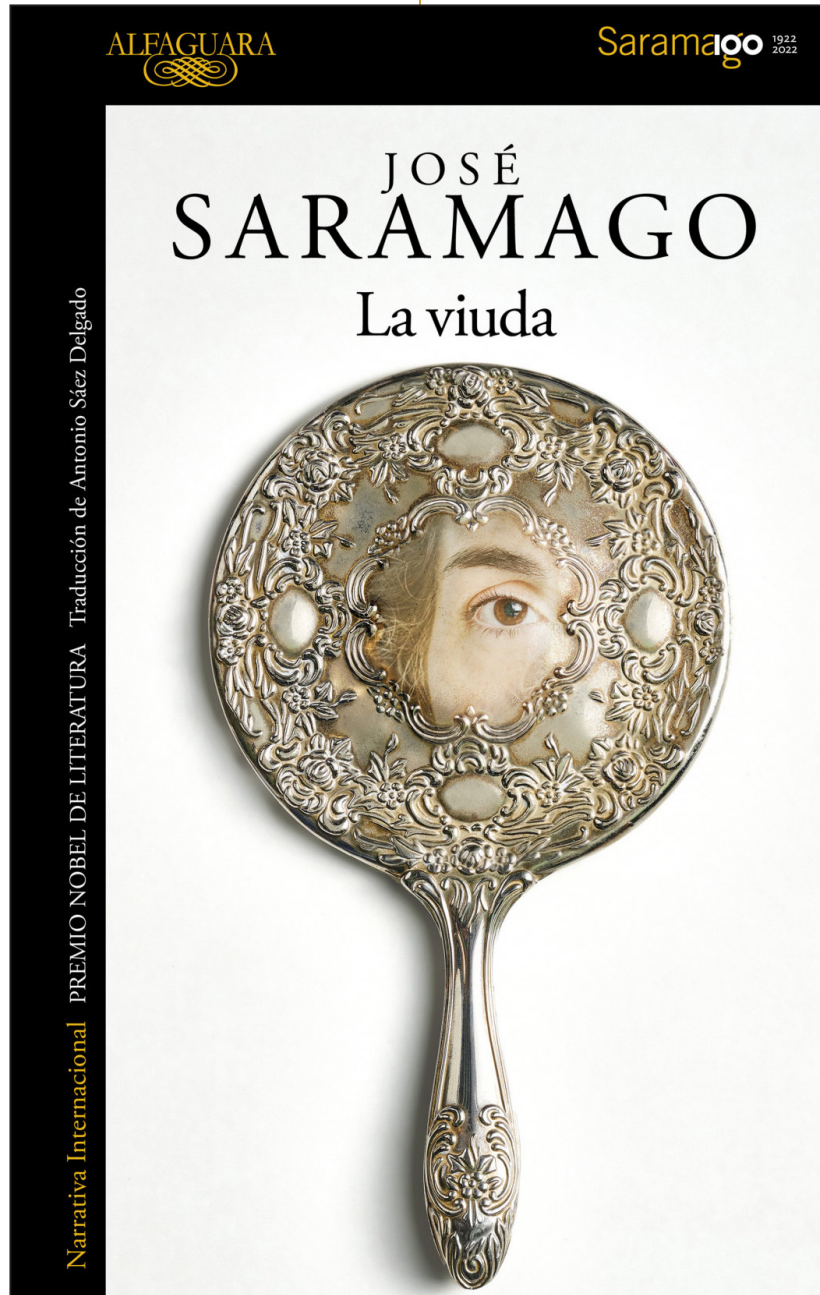




# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

# HISTORIA DE *LA VIUDA*

Once años después del fallecimiento de José Saramago, llega a las librerías una novela del Premio Nobel de Literatura que ha permanecido inédita en castellano durante más de siete décadas. De hecho, se trata de su primera ficción, que escribió cuando tenía veinticuatro años y, por tanto, cuando era un «muchacho [...] callado, introvertido, que se ganaba la vida en los servicios administrativos de los Hospitales Civiles de Lisboa, tras haber trabajado durante más de un año como aprendiz de cerrajería mecánica en los talleres de esos hospitales». El mismo Saramago usa la tercera persona para explicar en la «Advertencia» que abre la presente edición las circunstancias en que *La viuda* vio la luz.

«Se supone que escribió este libro porque en una antigua conversación entre amigos, de esas que tienen los adolescentes, hablando los unos con los otros de lo que les gustaría ser cuando fuesen mayores, dijo que quería ser escritor. De más joven, su sueño era ser maquinista de tren, y si no hubiese sido por la miopía y por su minúscula fortaleza física, suponiendo que en el entretanto no hubiera perdido la valentía, habría sido aviador militar».

Saramago terminó de escribir *La viuda* en 1947, cuando ya había tenido a su hija Violante, y se la entregó a un solo amigo (António Maria Pereira) para que la leyera. Sin embargo, la obra llegó a manos de Manuel Rodrigues, responsa-

ble de la editorial Minerva, quien puso dos condiciones para publicarla: no pagar royalties y cambiar el título *A viúva* por *Terra do pecado*, a su entender mucho más comercial.

«En cuanto al título rechazado, consiguió susurrar que buscaría otro, pero el editor se adelantó, que ya lo tenía, que no pensase más. La novela se llamaría *Terra do pecado*. Aturdido por la victoria de ser publicado y por la derrota de ver cambiado el nombre de ese otro hijo, el autor bajó la cabeza y se fue de allí a anunciar a la familia y a los amigos que se le habían abierto las puertas de la literatura portuguesa».

Así pues, la novela fue publicada en Portugal, en 1947, bajo el título *Terra do pecado* y, pese a la ilusión que supuso para Saramago ver su primera obra impresa, lo cierto es que pasó totalmente desaperci-

bida. Y así continuó hasta que, ya en la década de los noventa, el escritor obtuvo el ansiado reconocimiento internacional gracias a *Levantado del suelo*. Este éxito hizo que los especialistas revisaran su obra anterior, lo que provocó la recuperación de *La viuda*, una novela costumbrista de corte rural en la que se muestra el modo en que la presión social puede acabar con la reputación de una mujer que solo busca reconstruir su vida tras la muerte de su marido. Un título, además, con el que Alfaguara arranca los actos de homenaje por el centenario del nacimiento del gran autor de las letras portuguesas.

«No sabe decir cómo le vino después la idea de escribir la historia de una viuda ribatejana, a él, que de Ribatejo sabía algo, pero de viudas nada, y menos aún, si existe el menos que nada, de viudas jóvenes y propietarias de bienes que están a la vista de todos».

## SINOPSIS

El señor Manuel Ribeiro, propietario de «la finca más hermosa de los alrededores» de Quinta Seca (Ribatejo, Portugal), agoniza en la cama cuando todavía no ha cumplido los cuarenta y cinco años. Nadie sabe qué enfermedad padece, pero tanto su esposa como los empleados a su servicio son conscientes de que, si fallece, la pobreza se ceñirá sobre ellos.

«El señor estaba enfermo. ¡Quisiera Dios que se curase, y su presencia bastaría para que aquellos campos no dejaran de ser lo que eran! Pero si moría, ¡qué desastre, Dios mío! La finca era el único bien de la familia y, sin el brazo de un hombre sosteniéndola, llegaría la pobreza. La señora Maria Leonor era una mujer valiente y firme, de eso estaba segura. Pero ¿sería suficiente?»

Pero la muerte es algo ineludible y al señor Ribeiro le llega la hora de partir,

dejando a su viuda, Maria Leonor, sumida en una profunda depresión que la llevará a pasarse meses tumbada en la cama, contemplando desde la ventana la tapia del cementerio donde yace su marido y desatendiendo a sus dos hijos pequeños, Dionísio y Júlia, los cuales, y por suerte, quedan al cuidado de una criada solterona, Benedita, que toma el control de la casa mientras su señora se recupera.

«Se detuvo. A través de la ventana y entre la neblina del día oscuro que tocaba a su fin, avistó, a lo lejos, sobre el cabezo, las paredes blancas del cementerio. El choque fue brutal. Como una inundación, los recuerdos le sumergieron el cerebro, le paralizaron la voz, la hicieron temblar de horror. Estiró los brazos hacia delante, quiso repeler la trágica visión. La fiebre parecía aumentar en sus ojos y los muros blancos, que avanzaban hacia ella, caminaban por el campo, entraban por la ventana y la asfixiaban.»

Sin embargo, Maria Leonor no parece capaz de hacer frente a la situación. Aunque por momentos consigue salir de la depresión que la atenaza, enseguida vuelve a caer en un estado de apatía que frena todos sus avances. El doctor Viegas, un hombre práctico donde los haya, además de hereje de los pies a la cabeza, trata de ayudarla. También lo hacen el padre Cristiano, un sacerdote reumático con quien el médico tiene no pocas discusiones; Benedita, que trata de aplacar los rumores que empiezan a correr entre las criadas; y Jerónimo, el capataz empeñado en que la finca siga funcionando.

«La felicidad es tan absorbente, nos acostumbramos tanto a ella que, cuando huye de nosotros, cuando nos la roban, nos sentimos incompletos como si una parte esencial de nuestro cuerpo hubiese desaparecido, dejando una llaga enorme y dolorosa, que no se cierra y supura siempre el pus de nuestro infortunio. ¡Pero todo esto es en vano, Maria Leonor! ¡Cómo complicamos la extraordinaria sencillez de la vida! ¡Cómo concedemos al simple avance de un eslabón a otro de la cadena una importancia tan grande, hija mía! En el fondo, no es más que esto: el fin de una existencia, una luz que se apaga. Los lazos de sangre, la costumbre son los que complican esta sucesión, este paso de la antorcha...»

Hasta que un día Maria Leonor se levanta y sale de su dormitorio resuelta a asumir sus obligaciones como madre, como señora y como propietaria de unas tierras más que productivas. Y, aun así,

los problemas continúan. Porque Maria Leonor es una treintañera que, como tal, sigue sintiendo deseo. Desde su posición en la cima de la escalera social, observa los romances que las criadas tienen con los jornaleros y, aunque finge indignarse, en realidad no puede evitar que le invada cierta excitación. De hecho, una de las sirvientas (Joaquina) insinúa en cierto momento que lo que la señora necesita para dejar de enfermar es un hombre que atienda a sus necesidades físicas, comentario que Benedita reprime de inmediato por temor a que la gente del pueblo se forme una idea equivocada sobre la señora.

«Y así permaneció, pegada a la ventana, en la tortura de una sorda indignación, hasta que, de nuevo, aparecieron los dos, mirando alrededor, con miedo, bajo el arco de la puerta del pajar. Eran dos manchas vivas, claras, que se movían sobre el fondo oscuro de la puerta. Y, de repente, las dos manchas se fundieron en una sola. Se abrazaban. Maria Leonor soltó un gemido débil, sollozante, y entrelazó sus manos con furia, hasta el dolor.»

Y así es como Benedita se va transformando. Lentamente, deja de ser la criada servicial y bondadosa que ha cuidado de la señora desde que esta tenía quince años, para convertirse en una especie de «guardiana de la moralidad» que incluso se atreve a cuestionar las decisiones que Maria Leonor toma en su propia casa. Esto hace que la dueña de la finca y su fiel servidora se conviertan en enemigas acérrimas y que se pasen el día repro-

chándose mutuamente el modo en que cada una de ellas dirige su vida.

«¡El escándalo! ¿Cómo había podido caer tan bajo? ¿Cómo sin amor, sin que otra pasión que no fuese la de sus miserables sentidos la cegase, había podido echarse en los brazos de un hombre, apretarlo contra su pecho, retorcerse bajo su peso de animal en celo? ¿Qué miseria la suya! ¿Y ahora? ¿Qué podía hacer? En casa, siempre a su vista, una mujer que no lo había presenciado, pero que lo sabía... La mirada clara y pura de sus hijos, la confianza de sus amigos, su trabajo, todo lo que hasta entonces había constituido su razón de ser quedaba a merced de una desconfianza, de una palabra suelta, de un gesto de denuncia. Y, en ese momento, sería la vergüenza, el insulto en la cara, la mirada apartada, la reprobación en el rostro de los demás, las murmuraciones, las insinuaciones torpes sugiriendo detalles lascivos... ¿Y él? ¿Qué haría, también? Él, que casi la había poseído, ¿qué diría?, ¿qué pensaría?»

Evidentemente, Maria Leonor no es la única persona que siente vivo su deseo. Dos hombres, el hermano de su propio marido y el doctor Viegas, aspiran aho-

ra al amor de esa viuda elegante, joven y discreta. Y ambos conseguirán su objetivo, con el consiguiente estallido de cólera de esa moralista llamada Benedita, quien incluso se atreverá a insultar a su señora.

«Maria Leonor y el médico se quedaron de nuevo en el extremo de la mesa. Benedita había salido. Y sutilmente, con pasos de terciopelo, pasó entre los dos la misma sensación de intimidad conyugal que los había confundido poco antes. Maria Leonor miró a Viegas con curiosidad disimulada, recorriendo sus fuertes manos, llenas de nudos, los hombros fornidos, algo combados, el pelo gris y despeinado. Se entretuvo en el rostro del médico, con interés por las profundas arrugas que le marcaban la frente. Y sintió un escalofrío en el momento en que él levantó la cabeza y la miró con la misma expresión de curiosidad. Ambos, en aquel momento, sintieron lo que debieron de experimentar el primer hombre y la primera mujer en el momento de la revelación del sexo, cuando se hicieron patentes las diferencias físicas y el instinto soltó su primera señal de alarma, prendiendo en las venas el fuego desconocido.»

## MARIA LEONOR, LA VIUDA

La protagonista de esta novela es una mujer de treinta años que acaba de enviudar y que está obligada a tomar el control de una de las fincas más productivas de la región. Solo ha estado casada diez años con el señor Ribeiro, el hombre responsable que se la llevó a la finca de Quinta Seca, pero tuvieron tiempo de tener dos hijos: Dionísio y Júlia.

«A pesar de las prometedoras esperanzas de Viegas, la convalecencia de Maria Leonor fue larga. Pasaron varias veces quince días antes de que ella, apoyada, ensayase en el dormitorio sus primeros y trémulos pasos, viendo los muebles que giraban en la habitación y la habitación con ellos, sintiendo que la cabeza le daba vueltas locamente, con la humilladora sensación de no poder mover el propio cuerpo. ¡Cuántos esfuerzos le costó satisfacer el sencillo deseo de llegar a la ventana para estirar las manos débiles y delgadas y sentir el cálido sol de junio, que inundaba el cuarto, del que, con el lento regreso de la salud, desaparecía el persistente olor de las tisanas y jarabes a los que su cuerpo fatigado debía la vida!»

Maria Leonor es hija de un hombre con tendencias melancólicas que acabó suicidándose y de una mujer que siempre vivió a la sombra de su marido. Lógicamente, la muerte voluntaria de su progenitor planea sobre su cabeza de un modo constante, haciéndole temer la posibilidad de tomar el mismo camino que él. Además, Maria Leonor se muestra extrañada ante los perfiles tan distintos que tuvieron los dos hombres de su vida. Y es que, si su padre fue una persona torturada por angustias filosóficas, su marido fue un hombre «práctico, sereno, que había trazado un camino en su vida, un camino claro, iluminado por el sol de los campos y las cosechas». Esto le hace comprender que ha vivido siempre entre dos polos y que siempre ha dejado que sean otras personas quienes la guíen por la vida. Pero ahora ha llegado el momento de tomar sus propias decisiones, aunque para conseguirlo deba enfrentarse a los prejuicios de una sociedad demasiado mojigata y religiosa.

«Dos hombres que habían dejado de existir, pero cuyas diferentes concepciones de la vida la hacían dudar, en una búsqueda constante de sí misma, demandando algo que le faltaba y que sabía le daría la tranquilidad redentora que tanto necesitaba. Su vida era una oscilación permanente entre dos conceptos de existencia distintos. De soltera, había vivido bajo la influencia deprimente de su padre, con una terrible impresión de vacío a su alrededor y la angustiosa convicción de que todo esfuerzo era inútil; de casada, había recibido la vívida sugerencia de una existencia determinada por la voluntad y el deseo de andar hacia delante, sin perder el tiempo en lamentos o glorificar lo que ya estaba hecho. Su paso de niña a mujer le había proporcionado la alegría loca y deslumbrante de una salida al aire libre tras permanecer mucho tiempo en una penumbra húmeda y fúnebre. Había vivido en la contemplación de su transformación física y psíquica, en un embobamiento constante del misterio genésico. El embarazo fue para ella un motivo de espanto, como si nunca a ninguna mujer le hubiese pasado algo semejante. Y se sorprendía a sí misma preguntándose qué méritos habría hecho para que se produjera en ella la manifestación más perfecta de la vida. Vigiló con ansiedad el crecimiento de sus hijos, como si temiese que una bruja se los llevase. Y este olvido de todo aquello que no fuesen los niños casi la hizo olvidarse también de todo lo que la rodeaba. La muerte de su marido la había despertado brutalmente a una vida que ya no era la suya y, temblando de miedo, sentía que volvía al pasado lleno de terrores y de sombras, al pasado estéril e inútil que creía muerto. Y se debatía, buscando dónde agarrarse, en una ansiedad de salvación que la agotaba.»



## BENEDITA, LA CRIADA

Benedita es el reverso de Maria Leonor. Ha estado a su servicio desde que la segunda alcanzó los quince años y le ha dedicado tantas horas que ha acabado convertida en una solterona más temerosa de Dios que atenta a sus propias necesidades. En realidad, sus excesos moralistas no sólo han hecho de ella una mujer tan bondadosa como amargada, sino que también le han llevado a juzgar el comportamiento de los demás con una severidad extrema. Cree ser, por así decirlo, la encargada de que nadie sobrepase la línea que separa la virtud del vicio en una finca donde, en realidad, tan sólo es una empleada.

«Benedita se sentó en una silla y se puso a vigilar a los niños, envuelta en el silencio que pesaba sobre la casa. Se cubrió con el chal que llevaba por encima de los hombros y, sin darse cuenta, los párpados se le fueron cerrando, inertes. No se durmió del todo, se quedó inmersa en una soñolencia blanda, en un sopor agradable, del que se despertaba de vez en cuando para volver a él. Su deseo sería acostarse. Pero ¿para qué? De un momento a otro tendría que levantarse para atender al patrón. ¡Qué buen señor! El único que, en su opinión, podría haberse merecido a la señorita Maria Leonor, a la que ahora, por cierto, ya no llamaba señorita. Después de que se casara, se acostumbró a llamarla señora Maria Leonor, y señora Maria Leonor se había quedado para siempre. Le había costado habituarse, porque, la verdad, ¿no era una señora casada?»

Benedita nunca contrajo matrimonio, pero no se engaña a la hora de reconocer que le hubiera gustado hacerlo. Sin embargo, se quedó soltera y, cuando su señora se mudó a la finca de Quinta Seca, generó un cariño extraordinario —quizás incluso excesivo— hacia el señor Ribeiro. Cuando este murió, la criada decidió velar por su memoria controlando de un modo obsesivo a su viuda. Y es que, como dice el doctor Viegas en cierto momento, Benedita no es una mujer malvada, simplemente «tiene el olfato amoroso de las solteronas». Aun así, sigue siendo una mujer y, de vez en cuando, recuerda al novio que pretendió casarse con ella y a algún que otro descarado que trató de robarle un beso. Pero todo eso ocurrió en un pasado ya demasiado lejano.

«Sonrió, triste, pensando que también le gustaría velar a su marido, si lo tuviese. Pero ningún hombre le había dicho nunca lo que el señor Manuel Ribeiro le decía a la señora y que, a veces, escuchaba. Las habitaciones estaban tan cerca que los ruidos más fuertes atravesaban las paredes y se clavaban en los oídos como risotadas de burla. Acostada en su cama estrecha, oía y sufría, en silencio, la pena de estar sola. Sola estaría toda la vida, seguro. Era dos años mayor que el señor. Podría ser su esposa, si Dios lo hubiese querido...»

## OTROS PERSONAJES

**DOCTOR VIEGAS:** Médico rural de cincuenta y cinco años que renunció a una vida de éxitos en Lisboa para cuidar de los aldeanos ribatejanos. Es un profesional de primera categoría, pero se conforma llevando una vida plácida y socarrona en los alrededores de la finca donde viven sus amigos. Rechaza la religión en cualquiera de sus manifestaciones y tiene discusiones —cariñosas— con el párroco del lugar. En cierto momento, confesará a Maria Leonor su deseo de casarse con ella.

«Cuando se llega a mi edad, Maria Leonor, hay dos caminos. El primero, el más seguido, es el de la contemplación pasiva, el del recuerdo de las alegrías pasadas, disimulando nuestra incapacidad para sentirlas de nuevo; el otro, el que yo he elegido, es el de la alegría decidida y enérgica, tanto más cuanto más escaso y blanco va siendo el pelo de nuestra cabeza, la alegría que no viene del corazón como la de los jóvenes, sino la que es producto de una determinación completamente cerebral, la alegría que se impone porque viene de donde menos se espera, de los viejos. El primer camino es la impotencia declarada de vivir; el segundo es la voluntad tenaz de no ceder nunca, de aguantar la vida hasta que llegue la muerte...»

**DOCTOR ANTÓNIO RIBEIRO:** Hermano del difunto Manuel Ribeiro. Tiene treinta y cinco años y ejerce como médico en Oporto, donde casi no tiene pacientes porque todo el mundo es consciente de su ineficacia a la hora de curar. Es, en definitiva, «un médico que no nació para serlo». De vez en cuando, visita la propiedad de su hermano y pasa unos días con sus sobrinos. Hasta que llega el momento en que obtiene lo que lleva tiempo deseando. Tras un encuentro amoroso con Maria Leonor, Benedita se encargará de echarlo de la finca de malas maneras.

«¡No, Maria Leonor! Mis pacientes, por muy graves que estén, siempre tienen fuerzas para huir de mis manos... [...]. Compréndelo, Maria Leonor. Soy médico como podía ser tendero, viajante o saltimbanqui. ¡No me senté en los pupitres de la facultad por gusto, no memoricé los doscientos y pico huesos del cuerpo humano por placer! Fue mi padre el que quiso un médico en la familia, ya que Manuel, al que Dios tenga en su gloria, estaba predestinado a ser propietario. ¡Y doy gracias a los dioses porque no tuvo la idea de hacerme cura!... Manuel se quedó con la finca, yo, con mi título y con las acciones de la Compañía de Aguas. Él trabajó hasta lograr que el nombre de los Ribeiro fuese estimado por el pueblo, hasta conseguir la satisfacción de sentirse válido en la vida; yo traté de explotar mi carrera, matando lo menos posible, porque no quiero remordimientos de conciencia, y ganando lo máximo posible, porque tengo que comer. ¿Lo entiendes? Así que creo que no seré una gran ayuda para nuestro Viegas. Me falta la chispa, lo reconozco... En todo caso, unas fiebres siempre se podrán curar...»

**PADRE CRISTIANO:** Es el párroco de la zona. Anciano y reumático, visita con frecuencia la finca de Quinta Seca y trata de mantener la fe de Maria Leonor, que cada vez parece más alejada de los preceptos de Dios. Tiene discusiones frecuentes con el doctor Viegas, pero no se deja intimidar por sus comentarios herejes. A fin de cuentas, los dos hombres se conocen tanto que incluso se divierten discutiendo.

«Así que fue una sorpresa cuando, una de esas tardes luminosas con que el otoño despide al verano, Maria Leonor vio entrar al anciano sacerdote. Lo recibió con un beso que él aceptó, risueño, y lo invitó a sentarse. El cura dejó el bastón, echó un vistazo a un paquete de semillas de nabo entreabierto en la mesa, se acomodó en la silla tapizada y, tras preguntar por la salud de los niños, cuestión innecesaria porque los había visto en la aldea, intentó entrar en el asunto que lo había llevado allí.»

**LOS HIJOS:** Dionísio y Júlia son los hijos de Maria Leonor. Dionísio es el mayor y, tras aprobar la primaria, tiene que marcharse a Lisboa para seguir estudiando. Esto le atemoriza, puesto que es un niño de naturaleza débil. Pero se tranquilizará cuando conozca al hijo (João) de la familia que le acogerá en la capital. En cuanto a Júlia, sólo se puede decir que es una niña que sigue a su hermano allá por donde va.

«Maria Leonor le dio un beso al pequeño, y Júlia, tras una breve duda, también se lo dio. Cuando llegó el turno de Dionísio, João le tendió la mano abierta, como se saludan los hombres. Y Dionísio, apocado, hizo lo propio. Se quedaron mirándose por un momento, con las manos entrelazadas. Los ojos de uno recorrían el rostro y el cuerpo del otro, buscando un motivo inicial de simpatía.»

**JERÓNIMO:** Es el capataz de la finca y todos los trabajadores lo tratan con respeto. Cuando el señor Ribeiro fallece, se encarga de mantener las tierras activas. Es el único que no juzga el comportamiento de los demás, limitándose a hacer su propio trabajo con la máxima profesionalidad.

«El hombre suplía su falta de cultura con la práctica de cincuenta años bajo el sol, cavando la tierra, negociando en las ferias, comprando y vendiendo ganado, viviendo su vida de campesino por los cuatro costados. Y se reía, enseñando las encías rojas y desdentadas, con el entusiasmo de Maria Leonor, aferrada a su finca, pensando que, con aquel cuerpo de pajarito, tal vez no se acordase mucho del patrón muerto.»

## LA FINCA

*La viuda* es una novela rural en la que el paisaje es un personaje más. De hecho, se podría decir que las tierras donde ocurre la acción son el reflejo de los sentimientos de los personajes que las habitan. O incluso podría ser al revés: que sean los personajes los que se comportan de un modo u otro según la climatología del lugar.

«De fuera, a través de las cortinas de gasa, discretamente cerradas, entraba la claridad dulce de la mañana, que nacía detrás de los cerros del este. Maria Leonor, sin dejar de acariciar a Benedita, recordaba otra mañana, algunos años antes, en la

que la luz también entraba así, tierna y suave, como dotada de una sensibilidad femenina, por las cortinas corridas, iluminando el dormitorio silencioso, en el que flotaba un vago perfume a flores de azahar. Se acordaba de aquella mañana y presenciaba ahora el amanecer, inmóvil, débil, enferma, con una angustia desmedida en el alma, un dolor intenso que le llenaba de lágrimas los ojos ardientes. En aquella silla, junto al lavamanos, vio entonces su velo de novia. Recordaba la profunda alegría que la había inundado al sentir, de repente, la presencia de su marido durmiendo a su lado.»

Las criadas y los temporeros que trabajan en la finca de Quinta Seca no pueden evitar ver una correlación entre las cosas que ocurren dentro de la casa y las que pasan fuera, y así andan convencidos, por ejemplo, de que la dureza del último invierno o de que el rayo que incendió el pajar son acontecimientos íntimamente ligados a las horas bajas que, desde la muerte del señor Ribeiro, está viviendo la familia. Los hay incluso que consideran que ha caído una maldición sobre la propiedad.

«Ya se oía por la finca que la señora “no estaba bien”, que estaba embrujada. Y había quien aseguraba que el rayo caído en el pajar había sido la señal del demonio para que entrara en aquel estado. Bendita se enfadaba al oír tales supersticiones susurradas en la cocina, a la hora de la cena, entre las criadas, que dejaban de comer migas para responder que esas cosas le pasaban a quien no creía en ellas.»

Para Saramago, el paisaje y la climatología no es solo el escenario donde transcurre la historia, sino también un reflejo del ánimo que afecta a los personajes de su novela, al tiempo que nos recuerda que los seres humanos estamos íntima-

mente ligados a la Naturaleza y que, en consecuencia, muchas de nuestras emociones se explican por motivos externos a nosotros mismos.

«Los ruidos nocturnos del campo tenían la virtud de despertar en su intimidad todos los terrores de la infancia. Contra los razonamientos de su mente de mujer instruida, se alzaban los pávidos miedos nacidos del misterio de la naturaleza inmensa, sumergida en las tinieblas, encubriendo en su profundidad ignorada las fuerzas inconscientes e irreprimibles de la creación. A veces, caminando de noche por el campo, le parecía sentir bajo los pies el jadeo convulso de la tierra. El viento que soplaba sobre los ramajes, lanzándose contra las espinas y rozándose con la suavidad de la hierba, era el jadeo cansado de la tarea continua del suelo. En su asombro mudo ante el trabajo ciego de la naturaleza estaba el miedo a lo desconocido, el terror absurdo y total de los primeros hombres ante la primera tormenta y el primer temblor de tierra. Y su alma se comprimía, aterrada, subyugada e inerme, cuando veía caer del cielo en un rápido vuelo las alas negras de un chotacabras solitario.»

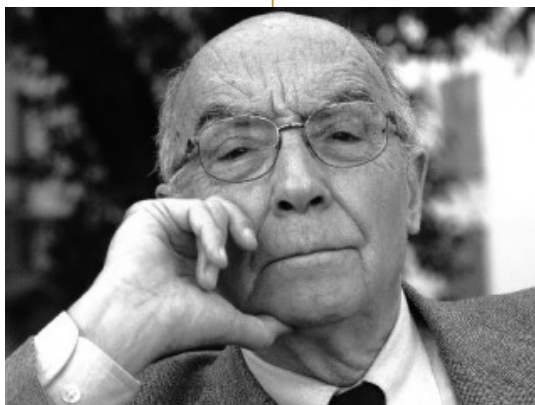
## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La viuda* es una novela de juventud y como tal hemos de leerla. ¿Creéis percibir elementos que delatan la juventud del autor? ¿Cuáles son?
2. La novela aborda el tema de la presión social principalmente sobre las mujeres. ¿Cuál creéis que fue la intención de Saramago al abordar esta temática?
3. *La viuda* también es una novela de formación en la que vemos la evolución que experimenta la protagonista: Maria Leonor. ¿Podrías resumir las etapas por las que va pasando esta mujer?
4. Benedita es el reverso de Maria Leonor, pero también puede ser vista como alguien que se refugia en la moralidad y la cristiandad porque no se atrevió a encarar la vida que se le ofrecía. En el fondo, ¿qué tipo de persona creéis que es?
5. El personaje de António Ribeiro encarna al perfecto fracasado: no es un buen profesional, no tiene familia, no opone resistencia a los embates de Benedita... ¿Qué opináis sobre él?
6. ¿Os imaginabais que el doctor Viegas acabaría declarando su amor a Maria Leonor? ¿Por qué?
7. El padre Cristiano es dibujado como un párroco apacible y bonachón de los pueblos peninsulares de mediados del siglo pasado. De hecho, ni siquiera ejerce mucha presión sobre Maria Leonor. Esta deferencia del autor hacia la figura de un sacerdote incita a pensar en cierta querencia de Saramago hacia la religión o la institución religiosa. ¿Qué opináis al respecto?



8. El doctor Viegas representa la ciencia y el padre Cristiano, la religión. En las novelas de mediados del siglo pasado era muy habitual que se introdujeran debates sobre esa temática entre personajes. ¿Conocéis más novelas en las que ciencia y religión estén enfrentadas?
9. Las criadas de la casa conforman una especie de personaje silencioso que todo lo ve y todo lo juzga. En realidad, se podría decir que son ellas las que ejercen presión sobre Maria Leonor, aunque sea Benedita quien verbaliza toda esa moralidad. ¿Estáis de acuerdo con esta idea?
10. La historia de Dionísio sirve en esta novela para destensar la intriga principal. ¿Por qué creéis que el autor presta tanta atención al viaje que este niño debe emprender en breve?
11. El paisaje de Quinta Seca tiene una gran influencia sobre los personajes. ¿En qué modo se percibe esa influencia?
12. ¿Podrías comparar esta novela con otras de Saramago?
13. ¿Qué os ha parecido la estructura de la novela?
14. ¿Qué os ha parecido el estilo con el que está escrito la novela?
15. ¿Qué cambiarías del argumento?

## EL AUTOR



**JOSÉ SARAMAGO** (Azinhaga, 1922-Tías, 2010) es uno de los escritores portugueses más conocidos y apreciados en el mundo entero. Autor de las novelas *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *Manual de pintura y caligrafía*, *Levantado del suelo*, *Memorial del convento*, *Casi un objeto*, *La balsa de piedra*, *Historia del cerco de Lisboa*, *El Evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera*, *Todos los nombres*, *La caverna*, *El hombre duplicado*, *Ensayo sobre la lucidez*, *Las intermitencias de la muerte*, *El viaje del*

*elefante*, *Cain*, *Claraboya* y *Alabardas*. Entre sus obras figuran también *Poesía completa*, *Cuadernos de Lanzarote I y II*, *Viaje a Portugal*, el relato breve *El cuento de la isla desconocida*, el libro infantil *La flor más grande del mundo*, el libro autobiográfico *Las pequeñas memorias*, *El cuaderno*, *José Saramago en sus palabras*, *El último cuaderno*, *Qué haréis con este libro*. *Teatro completo* y *El cuaderno del año del Nobel*. Recibió el Premio Camoens y el Premio Nobel de Literatura.

